

¿ GALBRAITH O FRIEDMAN ?

ANTONIO GARRIGUES WALKER

1. Las crisis (ya sean culturales, económicas, políticas o globales como en el caso actual) son épocas de revisión y profundización de los sistemas e ideologías vigentes en una sociedad. Cuando algo falla se intensifica no sólo la búsqueda de los culpables y de los inocentes sino asimismo la búsqueda de las alternativas a una situación determinada. La larga crisis económica que estamos viviendo desde 1973 ha provocado el ambiente necesario y propicio a este género de búsqueda y el artículo de John Kenneth Galbraith «The conservative Onslaught» en la *New York Review* es un ejemplo y también un resumen perfecto de las distintas actitudes que hoy prevalecen e influyen en el sistema occidental.

La economía de mercado, la economía mixta o, en el sentido que utiliza Galbraith, la economía de consenso, y la economía dirigida o planificada, cada una con sus matices y sus grados, son hoy los tres modelos de acción económica que se someten a un debate en el que intervienen, junto a los conocedores de la ciencia económica, los representantes de las tres ideologías políticas más representativas: de un lado los liberales y conservadores en un juego de relaciones a veces equívocas; de otro, los socialdemócratas y los socialistas moderados con planteamientos muy diversos; y por fin —aunque sólo sea a escala europea— los socialistas marxistas y los comunistas, ya sea con formulaciones eurocomunistas o radicales.

2. Vamos a asistir, sin duda, a un debate del mayor interés entre ideologías y expertos del que debería esperarse —aunque no sea seguro y para algunos ni siquiera

probable— una clarificación beneficiosa para el conjunto de la humanidad. Los obstáculos a esta clarificación pueden resumirse en la forma siguiente:

- En primer término, las limitaciones de una clase o estamento político que parece haber llegado a su nivel de incompetencia y que tiende lógicamente a anestesiar los problemas más que a resolverlos. La aceleración de los procesos electorales combinada con la existencia de precarias mayorías —casi siempre en forma de coalición y a veces entre ideologías dispares—, obliga a los políticos a distanciarse profundamente de la realidad y a operar invariablemente con programas a corto plazo en los que es imposible enfrentarse con medidas de tipo sustantivo o estructural.
- En segundo lugar, la resistencia de los intereses creados, ya sea a escala nacional o internacional (lo que Galbraith llama «la voz de la opulencia»), a comprender que su situación privilegiada podría modificarse rápidamente, salvo que se decidieran a colaborar en planteamientos más progresistas o innovadores aun cuando fueran en su apariencia inmediata más arriesgados. Muchos países y muchas personas prefieren continuar así, hasta que «las cosas se aclaren», sin darse cuenta de que las cosas sólo se aclararán cuando ellos hagan algo.
- Y en tercer lugar, la existencia de un clima de inseguridad individual y colectiva a escala mundial que reduce el sentido natural del futuro y que se manifiesta en una mezcla confusa y desasosegante en la que prevalecen el temor

a una confrontación bélica generalizada, el hundimiento de los valores tradicionales y el comienzo de una época sin asideros dogmáticos. A la voz de la opulencia se une, en este caso, un sentimiento generalizado de la humanidad que no quiere mirar a lo lejos y que se refugia en lo inmediato, y si es preciso en lo instantáneo, porque tiene la sensación —por ahora cierta— de que no existen soluciones, ni salidas.

Todas estas resistencias —típicas en los ambientes de crisis y que en alguna forma son signos del agotamiento de un modelo determinado— irán cediendo poco a poco en el transcurso de esta década y harán posible un análisis eficaz de la realidad y una interpretación más certera y más optimista del futuro. Mientras tanto habrá que soportar con paciencia la llamada ceremonia de la confusión en lo que tenga de inevitable y resistirse en todo caso a participar en ella de una forma consciente.

3. El artículo de Galbraith —que se reproduce en este número de PAPELES DE ECONOMÍA ESPAÑOLA y cuya lectura es indispensable para entender estos comentarios— podría ser una base tremendamente útil para iniciar un proceso clarificador. Uno de los grandes errores de esta época es iniciar los debates clásicos partiendo siempre de cero. Los dialogantes defienden sus posturas, perfectamente conocidas de antemano, con la misma convicción y apasionamiento que lo hicieron en su origen. Volvemos casi siempre a una reiteración monótona y aburrida de posiciones y posturas contradictorias en las que lo importante es sólo la diferencia o la discrepancia. De ello habla Galbraith al comienzo de su artículo, aunque luego se deje llevar inteligentemente por su habilidad dialéctica y renuncie a profundizar en las cuestiones decisivas y a concretar hoy unas concepciones que fueron admirables en su día pero que necesitan como mínimo una readaptación a las circunstancias.

En cualquier caso la lectura de este artículo está lleno de estímulos intelectuales y debería servir como punto de partida para el gran diálogo económico que necesita el mundo occidental. Simplificando mucho, desde luego, podríamos convenir que las opciones fundamentales en juego en estos momentos están presentes y vivas en el continuo y poderoso debate entre Galbraith y Friedman, aunque tal debate no sea ciertamente un debate nuevo en la historia económica del mundo y aunque en la práctica no sean ni Galbraith ni Friedman los auténticos representantes de las dos tendencias en conflicto.

4. El artículo de Galbraith se dedica fundamentalmente a definir la economía de consenso económico y social, a defenderla de los ataques «simplistas, románticos y reales» que recibe, a justificar el porqué la economía de consenso sólo reduce las arbitrariedades del capitalismo y no los principios del mercado y, por fin, a recomendar una renovación (*repair, review and redesign*) de las formas del consenso que pueda contrarrestar la acción contraria que los programas de Mr. Reagan y Mrs. Thatcher, entre otros, están llevando a cabo. De todo ello habló en su última estancia madrileña hace unas semanas, pero no con tanta precisión y desde luego con mucha menos claridad.

Una de sus afirmaciones menos discutibles se refiere al hecho de que una gran mayoría de los gobiernos industriales —con diferentes grados de énfasis— han venido aceptando hasta ahora la economía de consenso (dirección macroeconómica, servicios públicos y seguridad social), a lo cual añade, de un lado, su convicción de que los resultados han sido en conjunto positivos, y, de otro lado, que sus fallos principales se han producido en ciertos excesos en el grado y en el coste de los servicios públicos y de la seguridad social y en la baja calidad de funcionamiento de la Administración pública. Resolviendo o mejorando estos puntos la economía de consenso renovaría su

vigor y su eficacia, incluso en aquellos países en los que la economía de consumo ha sido incapaz de resolver los dos grandes problemas de la inflación y el desempleo a pesar de aplicar una dirección macroeconómica.

5. Desde un punto de vista europeo, los comentarios más significativos al artículo de Galbraith deben referirse a su valoración excesivamente americana de la realidad. Aunque Galbraith conoce bien Europa, le resulta difícil analizar a fondo sus diferencias con los Estados Unidos. En su mecánica intelectual no incluye el hecho de que en Europa el consenso económico y social está influenciado profundamente por la existencia de unos partidos de izquierdas y unas centrales sindicales politizadas que en su país o no existen o juegan un papel simbólico. Mr. Reagan y Mrs. Thatcher no tienen ni los mismos problemas ni las mismas soluciones pura y simplemente porque se encuentran en circunstancias económicas y sociales profundamente diferentes. Lo que debe preocuparnos a los europeos son las consecuencias del Programa Reagan.

América está en pleno «americanismo», lo cual lleva consigo, de un lado, un cierto sentido autárquico que puede producir —antes o después— políticas proteccionistas frente a la competencia exterior en sectores especialmente sensibles como pueden ser el sector del automóvil y el del acero; y de otro lado un cierto desdén a los problemas ajenos, al menos en el sentido de conceder absoluta prioridad a los propios. Los Estados Unidos no pueden olvidar que su debilidad o su vitalidad económicas influyen de una manera sustancial en el mundo libre y especialmente en Europa. Pero de ahí a llegar a fórmulas de coordinación concretas va un largo trecho. El mensaje que nos están enviando es muy simple y muy claro: «Lo importante es que USA arregle sus problemas aplicando las fórmulas que USA decida. Una vez que la economía norteamericana se reconozca, podremos cooperar en

sus problemas». Al margen de las técnicas económicas existen en Estados Unidos problemas, similares en este caso a los europeos, que afectan a la moral y a los valores tradicionales y que reducen la productividad global del país. Reagan —bajo el impulso cierto del «americanismo»— podría producir ese tipo de *shock* necesario para devolver al sistema su dinamismo tradicional. No será, desde luego, una tarea fácil. A pesar de las apariencias iniciales positivas empiezan a surgir dudas en muchos ambientes y la oposición —aunque por el momento esté desaholada y desmoralizada— puede volver a jugar a medio plazo un papel obstructor importante.

Europa mientras tanto debe observar este debate americano con un gran sentido pragmático. La opción entre Galbraith y Friedman quizá no debamos ejercerla por el momento.